

## **De cómo los movimientos sociales tornan en partidos políticos**

Raúl Valencia Ruiz

Universidad de Colima, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPyS), estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales. Correo electrónico: [rvalencia0@ucol.mx](mailto:rvalencia0@ucol.mx) y [r4ul@sociologist.com](mailto:r4ul@sociologist.com). Sociólogo por la Universidad de Guadalajara (1998-2002). De octubre de 2006 a marzo de 2011, Jefe de la Unidad de Comunicación Social y Coordinador de Extensión del Centro Universitario de los Lagos de la Universidad de Guadalajara (octubre de 2006 - marzo de 2011). Profesor de Asignatura en los cursos de Filosofía y Psicología Social en el Departamento de Humanidades, Artes y Culturas Extranjeras del Centro Universitario de los Lagos (Agosto de 2009 – Agosto de 2011). Teléfono: (044 ó 045) 4741 10 99 09.

### Resumen:

De manera indistinta al enfoque analítico que se empleé, se puede constatar cómo incidir en Estado es un objetivo esencial en las causas que alientan la protesta política, así como origen, causa o fin de un movimiento social. La historia de los movimientos sociales, desde el siglo XIX a la actualidad, muestra como éstos han seguido estrategias distintas de acción; ya sea en la formulación de nuevas gramáticas de resistencia, liberación o revolución; la democratización del Estado; la reivindicación de identidades étnicas y culturales; el reconocimiento de derechos civiles; o bien, mediante la creación de sindicatos o partidos. De cómo los movimientos sociales tornan en partidos políticos y las implicaciones de ello en los mismos hablaremos en este trabajo.

### Palabras clave / Key words:

1) Partidos políticos, 2) movimientos sociales, 3) oportunidades políticas, 4) institucionalización, 5) sinarquismo.

Partamos del hecho de que en México estamos gobernados por una dictadura de grupo. Que los politólogos han establecido que los gobiernos autoritarios no caen por la oposición que despiertan en sus gobernados, sino cuando estos grupos de poder se debilitan, se dividen, se crean crisis de conciencia que impiden las decisiones y acaban por crearse un vacío de poder, que en ese momento será ocupado por el partido más organizado, decidido y con visión histórica, para aprovechar la oportunidad.

“Los partidos políticos y la UNS”, *Temas de estudio  
sinarquista*  
Comité Nacional Sinarquista

## Introducción

De manera indistinta al enfoque analítico que se emplee, el observador interesado puede constatar cómo incidir o convertirse en Estado es un objetivo esencial en las causas que alientan la protesta política, así como origen, causa o fin de un movimiento social (Arrighi, K. Hopkins, y Wallerstein, 1999; Gramsci, 2008; Tarrow, 2012; Wallerstein, 2004). Para ello, la historia del análisis sobre movimientos populares, obreros, campesinos, indígenas o estudiantiles desde el siglo XIX a la actualidad, muestra como éstos han seguido estrategias distintas de acción; ya sea en la formulación de nuevas gramáticas de resistencia, liberación o revolución (Dacal, 2010; Lucio, 2012; Martínez, 2008; Santos, 2010); la democratización del Estado (Borón, 2003; Calderón, 1995); la reivindicación de identidades étnicas y culturales (Castells, 2006; Touraine, 2000, 2002); el reconocimiento de derechos civiles (Lawrence H., 1982; Lieberman, 2002); o bien, mediante la creación de sindicatos, ligas, federaciones, organizaciones no gubernamentales o partidos (Duverger, 1987; Ibarra, 2005; Martín, 2006; Michels, 1927, 2008; Panebianco, 1990). De cómo los movimientos sociales tornan en partidos políticos y las implicaciones de ello en los mismos hablaremos en el presente artículo.

Como veremos a continuación, el paso de un movimiento social a un partido político no obedece a leyes universales, como tampoco constituye un cambio necesario o natural en la evolución de los movimientos. En distintas latitudes, bajo circunstancias similares, un movimiento social (o varios de ellos), pueden converger en la formación de un partido político y seguir el juego institucional; de igual forma continuar derroteros de acción contenciosa, fuera de los espacios oficiales; así como mantener una estrategia en ambos u otros sentidos (Tilly, 1995). La investigación académica dedicada a este tema, parte de la observación de la relación de tres variables u objetos y/o sujetos analíticos: Las características organizacionales

de los movimientos, la estructura de las oportunidades políticas del sistema donde ocurren y la significación que sobre la acción construyen (McAdam, McCarthy, y Zald, 1999). Nuestro argumento se desarrollará en este sentido.

A nivel teórico partimos de la siguiente premisa: En la medida que un movimiento social, como es el caso del sinarquismo que aquí se analiza, la ampliación de su base social y territorial conlleva la formación de una estructura organizacional, en cierta medida jerárquica, desde la cual transmitir ordenes o simplemente las acciones a realizar, y conforme esta estructura perdura y alcanza cierta institucionalización (Greer, 1976; Panebianco, 1990), el movimiento en cuestión afronta un dilema de definición donde, por un lado, garantice alguna distribución de incentivos materiales o simbólicos para con sus militantes, de legitimación de sus líderes y, por otro, se mantenga congruente con su programa político y andamiaje organizacional.

Además de su dinámica interna, el surgimiento, existencia y continuidad de un movimiento social, se ve alentado o constreñido en función de las características del régimen político (Favela G., 2002) donde ocurre; el sinarquismo por ejemplo, “fue particularmente fuerte en los momentos de su corta existencia en que sus seguidores se oponían más abiertamente al gobierno y a los caciques locales, es decir, en los momentos en que arriesgaban con más frecuencia la vida” (Ortoll, 1989, p. 17); nos referimos a que no necesariamente un sistema democrático, de manera exclusiva es tolerante a la existencia de la protesta social, como tampoco es una regla el que ésta sea inexistente en sistemas cerrados, no democráticos o totalitarios. El cambio organizativo de los movimientos sociales, en respuesta a la tensión al interior de éstos y en relación al Estado, como ocurrió con la UNS (Unión Nacional Sinarquista), encuentra en la creación de un partido político una estrategia de sobrevivencia.

Nos interesa señalar un aspecto en el que no profundizaremos pero, sin duda, es necesario advertir y describir de manera sucinta como prelude. Los movimientos conservadores o contrarrevolucionarios, por su sentido ideológico contrario a la “vanguardia” del cambio social en las sociedades modernas, eran entendidos como atavismos de regímenes pasados, arcaicos y contrarios al desarrollo histórico. No obstante, el conservadurismo<sup>1</sup>,

---

<sup>1</sup> En este trabajo nos apegamos a la definición de *Conservadurismo* propuesta por Robert Nisbet (1986), donde discute su carácter histórico y la “sustancia” del concepto. Recientemente (2009), el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes en colaboración con el Fondo de Cultura Económica, en dos tomos, publicaron un compendio de trabajos sobre el *Conservadurismo y derechas en la historia de México*

posee un fuerte carácter transformador y, en ciertas coyunturas, aglutinante de amplios sectores populares, como es, de igual forma, una de las tres principales ideologías de los últimos dos siglos (Nisbet, 1986, p. VII). ¿Qué importancia guarda en el cambio evolutivo de un movimiento social, el que sea o no adjetivado como conservador?

La importancia proviene de lo que entendemos es un movimiento social. Si a la pregunta arriba enunciada agregamos otra en la que inquirimos ¿por qué surgen los movimientos sociales?, desde la mirada de los movimientos antisistémicos encontraremos que durante el siglo XIX “emergieron dos variedades de movimientos antisistémicos: aquellos que se denominaron, respectivamente, ‘movimiento social’ y ‘movimiento nacional’” (Arrighi et al., 1999, p. 30); el primer tipo entendía a la opresión como producto de la explotación de una clase social sobre otra; mientras el segundo, la entendía como producto del conflicto entre grupos “etno-nacionales”. Por otra parte, el énfasis en la existencia de un “conflicto central” pone “en evidencia la existencia de un tipo muy específico de acción colectiva, [...] pone en cuestión el modo de utilización social de recursos y modelos culturales” (Touraine, 2000, p. 100). En este nivel de debate, para responder por qué surgen los movimientos sociales y si alguna valoración merece el que sean o no conservadores o contrarrevolucionarios, es necesario prestar atención a las reivindicaciones que persiguen; escuchar y comprender sus recursos discursivos, muestra de los antecedentes y valores que los nutren; de la misma manera en la que debemos tomar en cuenta que no todas las formas de acción colectiva, llámense grupos de interés por ejemplo, merecen el adjetivo de movimiento social (Touraine, 2000, p. 99).

Sin embargo, la definición semántica de movimiento social cambia de forma significativa si la pregunta inicial sobre este fenómeno pasa de *por qué* a *cómo* surge el movimiento. En distintos momentos de la historia de las sociedades modernas, varios movimientos populares, de tipo liberales o conservadores, revolucionarios o contrarrevolucionarios, encontraron en la institucionalización de sus objetivos una vía para alcanzar de manera total, parcial o intentar siquiera conducir el cambio social en algún sentido. En todos ellos, varios investigadores han detectado ciertos patrones o fases de esa institucionalización, cambios en sus objetivos y, desde ahí, la adopción de estrategias moderadas o radicales de negociación.

---

(Pani, 2009) de gran valor teórico e histórico para la comprensión del proyecto conservador en nuestro país.

Una vez establecido, teóricamente, el origen de los movimientos, daremos paso a la recreación del debate de lo que enunciamos como *los derroteros de la movilización*; para ello, nos concentraremos en las causas o factores endógenos y exógenos en el cambio de los movimientos. Esto, con el propósito de ampliar nuestro marco analítico que trata de responder por qué un movimiento, de todas las vías posibles, opta por la creación de un partido. La relevancia de ese hecho, en buena medida, contribuyó al desarrollo de una tipología de regímenes políticos y abonó a la teoría de la democratización (Huntington, 1994; Macpherson, 2003) desde la cual se asume el que un grupo insurgente, por ejemplo, abandone la lucha armada para contender en el plano electoral, como síntoma de la vocación democrática de las partes en conflicto. A principios de los años sesenta, el sociólogo Daniel Bell (2000) proclamaba el fin de las ideologías, sustentado en los “escasos” movimientos políticos o civiles en las democracias occidentales y la “nula” intención de cambio social hacia alguna ideología o régimen contrario a éstas, por mucho esta afirmación no pudo ser sustentada.

En nuestra propuesta, responder por qué surgen y cómo evolucionan los movimientos sociales, aunado al análisis de su cambio de estrategias y objetivos, es consustancial al sistema o régimen político contra el que actúa. El Estado, en base a las oportunidades políticas que bajo ciertas circunstancias o coyunturas niega u ofrece al o los grupos movilizados, determina su impacto o el éxito en el cumplimiento de su causa. Sobre esta cuestión existen posturas diversas; al inicio del siglo XX, el análisis de Michels sobre la socialdemocracia alemana (un trabajo canónico en el cambio evolutivo de los movimientos), entre otras aseveraciones, afirmaba que “ningún movimiento popular, por enérgico y vigoroso que sea, puede producir cambios profundos y permanentes en el organismo social del mundo civilizado” (2008, p. 181); décadas después, Arrighi junto con sus colegas, de forma contraria, mostraron cómo, en realidad, “desde el punto de observación estratégico de 1848, el éxito de los movimientos antisistémicos ha sido realmente impresionante” (1999, p. 38), gracias al triunfo y toma del poder político, del Estado, por parte de movimientos de liberación nacional en África, Asia o América Latina. Por el contrario, autores como Sidney Tarrow, encuentran en los resultados de los movimientos, por influencia del contexto hegemónico del capitalismo global, la promulgación de algunas Reformas (2012, pp. 368-398).

Como hasta ahora, a lo largo de toda nuestra exposición procuraremos mantenernos en el análisis del cambio de movimiento a partido; será, de manera breve y puntual en el apartado *Función externa y organización interna de los partidos políticos*, donde nos

dedicaremos a exponer a qué nos referimos cuando hablamos de un partido político. En este tema, partimos de la sociología de Weber (2005) y la tradición académica desde ella construida; de nuevo, un trabajo de Michels (discípulo de Weber), publicado en 1927 por *The American Political Science Review* (1927) condujo, con el paso de los años, a otros investigadores a plantearse preguntas sobre la naturaleza y características de los partidos políticos. En nuestro caso, contextualizaremos esta discusión en función del cambio organizacional de los movimientos y, con ello, dar claridad en las características del mismo. Particularmente, nos referiremos a los estudios de Duverger (1987) y Panebianco (1990).

En el caso que aquí se trata, el movimiento en cuestión no se convirtió en un partido político; después de varias experiencias, creó un partido con una estructura paralela y, junto con ella, alcanzó rápidamente cierto crecimiento para, posteriormente, ambas estructuras verse en disputa por el manejo del discurso y los valores del movimiento; en tanto, no basta teorizar sobre las particularidades de movimientos o partidos, sugerimos hacerlo en función del cambio social por ambos tipos de organización impulsados.

### **Hacia una propuesta integradora**

Los movimientos sociales, como otras formas de acción colectiva, guardan más relación con circunstancias específicas de su entorno que con estructuras y procesos macrosociales históricos. Esta idea es, por mucho, más de lo que varios sociólogos y politólogos podemos aceptar; desafía uno de los puntales de estas disciplinas: entender la acción colectiva como generadora, consecuencia o respuesta al cambio social. En contraparte, afirmar que sólo podemos hablar de movimientos sociales cuando la acción de los grupos movilizados; en atención a vínculos étnicos, culturales o identitarios, se encamina a desafiar la hegemonía del Estado y el Capital como reguladores de las relaciones sociales en su conjunto, impide observar que, de hecho, la acción colectiva recibe influencia directa del tipo de organizaciones y organización social históricamente definida.

Cuestionar las fases del desarrollo histórico y la causalidad implícita en ello, conlleva la formulación de nuevas bases ontológicas y epistémicas (Tilly, 1995, p. 1602, 2005, p. 23) desde donde comprender la naturaleza de nuestras sociedades y explicar los fenómenos que las caracterizan. No por ello deja de ser una empresa arriesgada. Debemos reconocer la importancia para la reivindicación de grupos marginales y excluidos, por haber adquirido un

discurso de legitimación política, económica y social desde donde construir alternativas ideológicas o utopías para enfrentar a quienes adquirieron el poder del Estado moderno.

Como entonces, hoy en día irrumpen y actúan grupos con reivindicaciones diversas, con propósitos tan variados como una mayor o menor intervención del Estado en la implementación de políticas públicas o económicas; como también lo hacen en respuesta al impacto ambiental de la producción y consumo de combustibles fósiles o alimentos agroindustriales. Esto, por un lado, habla del carácter transhistórico de la acción colectiva, pero, también da cuenta de que ésta no es un recurso privativo de un grupo o clase social claramente definido. En las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX, “la relevancia de los conflictos de las clases industriales estaba decreciendo y que, de la misma manera, había dejado de ser plausible la representación de los movimientos como sujetos básicamente homogéneos” (Porta y Diani, 2011, p. 29). Las nuevas demandas y formas de protesta, evidenciaron cierta rigidez en las teorías y conceptos desde donde eran entendidos los movimientos sociales.

En este punto, debemos hacer hincapié en el hecho de que la acción colectiva tiene antecedentes tan remotos como la *Fronde* en el siglo XVII<sup>2</sup> (McAdam, Tarrow, y Tilly, 2005, p. 3); las causas varían como lo hacen también los objetivos por alcanzar, lo que permanece en el tiempo es la protesta como recurso de quienes carecen o han agotado otras vías para ser escuchados. Una vez inaugurado el periodo histórico que llamamos modernidad, el aliento ideológico de la acción la dotó de un programa político desde el cuál suprimir la mediación y volver a los grupos movilizados como los nuevos poseedores del poder político. Sin embargo, como lo demostró Karl Mannheim (2004) ninguna ideología permanece inmutable. Los movimientos populares ocurridos en la última y primera mitad de los siglos XIX y XX, de forma objetiva incidieron en la conformación de los Estados, nuestra tesis busca analizar las organizaciones formales con las que actuaron y, en muchos casos, les llevaron adoptar una postura axiomática del devenir histórico.

Desde las proclamas independentistas hasta las consignas revolucionarias, la acción colectiva ocurrió en función de los recursos disponibles. El programa político era uno de ellos,

---

<sup>2</sup> De acuerdo al *Oxford American Dictionary*: La *Fronde* fue una serie de Guerras Civiles ocurridas en Francia entre 1648 y 1653; donde un grupo de nobles se rebelaron en contra de Mazarin y la corte durante la infancia de Luis XIV. Pese algunas concesiones logradas, los nobles no lograron reducir el poder de la monarquía.

en los siglos XIX y XX fomentar la adquisición de la *conciencia de clase* (Marx y Engels, 1985) o enaltecer valores nacionalistas (Gellner, 1991) fueron objetivos clave para los movimientos revolucionarios, estos se multiplicaban conforme sus éxitos o logros se difundían y generaban lo que se conoce como *ciclos de protesta* (Porta y Diani, 2011, pp. 241-245). Si bien, la Revolución de Octubre en 1917 como el fascismo sirvieron de modelos para otros grupos revolucionarios y contrarrevolucionarios en el mundo, al igual que lo había sido la Revolución francesa, conforme las luchas implosionaban<sup>3</sup> las condiciones “objetivas” de los países donde ocurrían variaban significativamente de una región del globo a otra.

Para el estudio de un fenómeno variante como las revoluciones o los movimientos, nos dice Charles Tilly , “un análisis válido es aquel que especifica los campos de variación donde va incurriendo, con esto refiero establecer su relación con otros fenómenos similares pero diferentes” (1995, p. 1605). En su búsqueda por responder si el sinarquismo era un movimiento fascista, Meyer prestó atención al año de 1937 cuando surge y observó como, desde Europa, el fascismo y el nacionalsocialismo influían en Latinoamérica. Fue el caso del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) de Bolivia, el Integralismo brasileño, la Falange en Chile y la admiración por Alemania de jóvenes oficiales argentinos (1979, p. 10) los cuáles rápido abandonaron tales influencias. Su investigación demostró la especificidad de eventos originarios del sinarquismo el cuál, de fascista, sólo tenía los signos externos. Es decir, ninguna evidencia condujo a establecer su nacimiento en el marco de una secuencia histórica compleja o estructura a escala mundial, pero sí en correspondencia a causas inherentes al movimiento y efecto de eventos anteriores. En *Sinarquismo: contrarrevolución*, Juan Ignacio Padilla<sup>4</sup> proclamaba al sinarquismo como heredero de la lucha *cristera*: “Ella sostuvo en alto la bandera de nuestra rebeldía frente a los enemigos de nuestras libertades, y constituye el puntal, el antecedente glorioso del Sinarquismo [...]” (1948, p. 68).

La correspondencia entre la fase inicial del movimiento sinarquista con el fascismo italiano y la Falange española, provino de los resultados obtenidos por estos últimos, al igual que por la compatibilidad en el uso de recursos discursivos con un profundo tono

---

<sup>3</sup> En la vigésima tercera edición del *Diccionario de la lengua española* se incluyó el verbo intransitivo “Implosionar”; el tiempo gramatical aquí empleado corresponde al Pretérito imperfecto o Copretérito de la tercera persona en plural: “Ellos implosionaban”.

<sup>4</sup> “JUAN IGNACIO PADILLA. Séptimo Jefe Nacional 1951-1955. De recia formación cristiana, imprimió al Sinarquismo gran fortaleza moral y un gran espíritu de lucha que sintetizó en el binomio: MONJE SOLDADO” (Unión Nacional Sinarquista, S/D, p. 14).



católico-nacionalista y, la adaptación de sus estrategias organizacionales para la movilización y acción.

Los fascismos siguen viento en popa en 1937, y no es extraño ver, acá y allá, en Europa y en el mundo entero, multiplicarse los grupúsculos, los partidos, los movimientos que los invocan y apelan a ellos. La variedad es la regla, ya que reflejan las condiciones muy diferentes que constituyen la originalidad de los países (J. A. Meyer, 1979, p. 9).

En escala temporal, todos esos grupúsculos, partidos y movimientos actuaron en el marco de un ciclo de protesta, definido como:

una fase de intensificación de los conflictos y la confrontación en el sistema social, que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados, un ritmo de innovación acelerado en las formas de confrontación, marcos nuevos o transformados para la acción colectiva, una combinación de participación organizada y no organizada y unas secuencias de interacción intensificada entre disidentes y autoridades (Tarrow, 2012, p. 342).

Con lo anterior, queremos decir que la especificidad en el surgimiento de cada movimiento o revolución, desde el *modelo del proceso político* propuesto por Charles Tilly (1995, 2005, pp. 23-44), ofrece las variables necesarias para su análisis; dicho modelo, se amplía en función de observar la relación con otros movimientos en un momento histórico determinado. A diferencia de una teoría general sobre el surgimiento y cambio evolutivo de los movimientos, este modelo concede la posibilidad de asimilar las condiciones variantes del entorno, es decir, la *estructura de las oportunidades políticas* (McAdam, 1999) y, por igual, considera las redes sociales u organizaciones preexistentes e involucradas en su origen, contenidas en el concepto de *estructuras de movilización* (Rucht, 1999a) que, junto con la construcción de significados por parte de los actores movilizados, también entendidos como *procesos enmarcadores* (Zald, 2000), definen el paradigma del cambio evolutivo de los movimientos.

Este modelo, abrevia de los aportes de la ciencia política y la sociología desarrollados

durante las décadas de los años sesentas y setentas dedicados a explicar la serie de movimientos surgidos en países tan distantes y disímiles como México, España, Francia o los Estados Unidos. La novedad en esos movimientos donde la homogeneidad se había perdido, desde la sociología norteamericana se desvió la atención de los agravios estructurales como su causa y respuesta a la exclusión que producen, de la misma manera que fue superada la idea de clasificar, *tabula rasa*, todo tipo de acción colectiva como exclusiva de ciertos sectores incapaces de adaptarse a las condiciones del entorno, como lo afirmaba Smelser (1995). Así como el cambio social puede facilitar el surgimiento de grupos emplazados a conducirlo o contenerlo, ello no significa que la tensión estructural del cambio social derive en movilización.

El desenlace de la *Cristiada* en sus dos fases<sup>5</sup>, por ejemplo, evidenció la profunda convicción católica de algunos combatientes, quienes veían en el Estado revolucionario mexicano la encarnación del mal, y cómo, pese a la amenaza de excomunión continuaron la lucha, decididos a mantener el orden social anterior a la Revolución, convencidos del peso moral de la causa. Otros grupos de combatientes cristeros decidieron acatar las indicaciones de la Iglesia y las consecuencias, trágicas, derivadas de ello, en estricto apego a su obediencia al clero. Un mismo hecho influyó de manera distinta en quienes otrora buscaron derrotar, en el terreno de las armas, al naciente Estado mexicano. El sinarquismo, partió de esa experiencia, optó por ofrecer incentivos simbólicos nacionalistas-católicos pero no monopolizados por la Iglesia, el primero y más importante: instaurar un orden social cristiano. De la misma manera en que sus fundadores se valieron de las estructuras organizacionales y de recursos remanentes del conflicto religioso a su disposición<sup>6</sup>: “Los males que afligen a nuestra Patria no se remediarán con lamentos, sino con una actividad bien orientada. El movimiento ‘Sinarquista’ ha puesto como norte en el camino que empieza a recorrer, tres palabras luminosas que adopta como lema: ‘PATRIA, JUSTICIA Y LIBERTAD’” (Unión Nacional Sinarquista, S/D, p. 3). Al igual que lograron actuar en plena consolidación del régimen mexicano y la represión que ejercía en su contra, gracias a una estrategia de confrontación no

---

<sup>5</sup> A partir de los arreglos entre la jerarquía eclesiástica con el Estado mexicano, los combatientes que se negaron a aceptarlos, continuaron a salto de mata en varias regiones del país. Una vez que el conflicto fue abandonado de manera oficial por la Iglesia, fue sostenido por los milicianos cristeros a quienes les fue negado el nombre y su lucha quedó enunciada como “la segunda” (Véase J. Meyer, 1999).

<sup>6</sup> “El Sinarquismo no nació por generación espontánea, tal como se creía en aquella época, sino porque una organización secreta que ya tenía muchos años de vida y que se había extendido por todo el país, quiso tener ese instrumento de acción que con el tiempo fue más poderoso que la misma organización secreta que le había dado vida”. Salvador Abascal a James W. Wilkie, México, 1964. Citado en Ortoll (1989, p. 24).

violenta, aunque la violencia estuvo siempre presente<sup>7</sup>. En ese momento, el uso de la violencia como recurso para cumplir sus objetivos pasó a segundo término; nuevas formas fueron implementadas y su éxito inicial en buena medida provino de ellas.

Pese al carácter católico-conservador del sinarquismo, este movimiento surgió de estrategias modernas y novedosas de acción colectiva; “el Sinarquismo era la única máquina organizativa capaz de hacerle frente a las confederaciones de trabajo y campesina cardenistas, sobre todo en el campo de las demostraciones públicas multitudinarias” (Ortoll, 1989, p. 39). Esto, gracias a que en 1939 contaba con 90, 000 militantes y para 1943 estos ascendían a 560, 000 (J. A. Meyer, 1979, p. 44) ¿Puede la ideología nacionalista católica, por sí sola explicar este crecimiento? En la medida que un movimiento logra generar simpatía, desde el aliento ideológico por ejemplo, la participación es posible gracias a que éste ofrece medios, en distintos niveles, para hacerla efectiva. Hacia 1948, los mismos sinarquistas se dieron cuenta de la necesidad de establecer criterios claros de participación y el manejo de recursos; sus *Estatutos generales*, indican:

La organización está tratada al estatuir sobre las jerarquías y la jurisdicción territorial; se señalan las secretarías que debe contar todo comité y que responden a las necesidades de la organización, de acuerdo con el medio; se precisa el número actual de ellas pero se deja en libertad para que ante nuevas y serias necesidades puedan construir otras; por ahora se establecen tan sólo las más necesarias (*Unión Nacional Sinarquista. Estatutos generales*, 1948, p. 5)

Las movilizaciones no surgen de la nada, como sus demandas no provienen de una súbita adquisición de conciencia de clase o identidad hasta entonces ignorada. Su capacidad de convocatoria y militancia reside en la evocación de una memoria histórica y cierta tradición política; como, además, se basa en creaciones culturales representadas y reproducidas a través de organizaciones (Clemens y Minkoff, 2004, p. 156). Pero no cualquier tipo de organización, hablamos de aquellas entendidas como recursos a disposición de los sujetos movilizadas desde las cuales actuar contra sus oponentes (Tarrow, 2012, p. 218).

---

<sup>7</sup> Servando Ortoll explica cómo las distintas estrategias para cumplir el fin último del sinarquismo: implantar un orden social cristiano en México, se tradujeron en confrontaciones en el seno de la organización del movimiento; posturas provenientes de Las legiones y La base, organizaciones creadoras del sinarquismo donde, por un lado, se defendía la idea de un golpe selectivo para tomar el poder y, por el otro, era conquistar la libertad poco a poco (1989, p. 37).

Al conflicto religioso armado en México, sobrevivieron varias organizaciones que le dieron soporte a la causa cristera. En ellas, residen los antecedentes del sinarquismo que, como movimiento, abandonó el recurso de la violencia y, en cambio, se valió de estrategias y recursos a su alcance provenientes de otras latitudes y experiencias de movimientos con valores similares, así como otros en estricto apego a la tradición militante católica nacionalista en México.

Esto, pone en evidencia las redes de cooperación que, en distintas escalas, facilitan los vínculos entre distintos tipos de organizaciones con objetivos comunes y en acuerdo de participar en, o la formación de, una estructura organizativa superior. Esta cumple la función de unificar la interpretación sobre el momento en que se encuentran y las posibilidades de alcanzar sus objetivos, así como el rol que cada uno de sus miembros desempeña en el proceso. “Uno de los rasgos principales de los movimientos sociales es su capacidad de utilizar un amplio abanico de actuaciones combinadas en campañas de protesta que bordean los límites de la política mediante la utilización de un ‘repertorio de acción colectiva’ más amplio” (Tarrow, 2012, p. 178). Cómo surge un movimiento depende de numerosos factores, como ya se ha dicho, de oportunidades políticas, de estructuras para la movilización y la construcción de significados, sus límites y alcances varían de acuerdo al proceso en el que se inscribe y las variaciones vinculadas a ellos. En tanto, “los movimientos sociales son desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las élites, los oponentes y las autoridades” (Tarrow, 2012, p. 37).

La discusión sobre las bases sociológicas y políticas para el estudio del origen de los movimientos sociales, gira en torno a los mecanismos que ayudan a explicar el cambio de la estructura de la acción. Estas variables influyen en la síntesis de tres elementos involucrados en la emergencia de los movimientos: 1) Un sostenido y organizado esfuerzo por dirigir las demandas populares en contra de autoridades, lo que llamaremos *campaña*. 2) Uso y combinación de distintos tipos de acción política, como pueden ser asambleas públicas, manifestaciones, paros, vigilias y, en general, todo el *repertorio* disponible al alcance del movimiento. 3) Despliegue de redes de solidaridad entre los militantes y simpatizantes del movimiento (Tilly, 2005, p. 216). Por sí mismo, el modelo del proceso político de Tilly no daba cuenta de los elementos, los aspectos de variación en los que ocurrían estos fenómenos de los que hablábamos líneas arriba. Fue necesario complementarlo con la propuesta de la *movilización de recursos* para poder abordar, de la manera más amplia posible variables

como: el cambio social; la dimensión simbólica e identitaria de la acción; las redes de participación y el papel de los individuos en ellas; los tipos de organizaciones que crean, las formas, repertorios que emplean y ciclos en los que se inscriben; así como el “uso legítimo” de la fuerza por parte de los Estados para contenerlos.

El carácter transhistórico de la protesta, aunado al uso o creación de viejos/nuevos repertorios y el cambio de objetivos, determinan el desafío de continuidad de los movimientos e influirán en el alcance de sus objetivos frente a los depositarios de su acción. El movimiento sinarquista, desde su fundación hasta el periodo al que esta investigación se enfoca, tiene mucho que enseñarnos sobre el cambio de la estructura de la acción. En el lapso que va de 1937 a 1946, el sinarquismo sería un caso típico de un movimiento antisistémico del tipo nacional, decidido a crear una nueva sociedad: “Grande, firme, violenta, nuestra fe nos alienta. Mil pasos adelante; ni uno atrás. El cielo lo ha votado y nos lo hemos jurado: la Patria victoriosa surgirá” (Padilla, Cedillo B., y Mouré, s. f.). El proceso posterior a su origen, en distintas fases, empero, le condujo a seguir otros derroteros; la pregunta que cabría a continuación tiene que ver con los acontecimientos posteriores, a saber ¿cómo y cuándo ocurre el cambio de estrategias de la organización y hacia dónde les condujeron?

### **Los derroteros de la movilización**

Un movimiento social no es sólo un concepto en abstracto, posee una serie de cualidades y características que sólo pueden ser descritas cuando, además del discurso ideológico, prestamos atención a la manera en la que se organiza. La heterogeneidad de los movimientos actuales, muestra una nueva fase en la evolución de éstos, al tiempo que da pauta a comprender por qué y cómo cambian. Hasta la primera mitad del siglo XX, la acción colectiva encaminada a la toma del poder político guardaba cierta claridad sobre el tipo de sociedad y relaciones sociales interesada en instaurar; no obstante, conforme el proceso revolucionario ocurría, tropezaba con sus propios éxitos, así como por la experiencia que los agentes del Estado y el capital adquirían de los mismos. De esta manera, para el caso de los comunistas por ejemplo, los manuales de lucha revolucionaria soviéticos se volvían obsoletos durante su traslado de las imprentas a los revolucionarios del mundo inmerso, este último, en un multifacético estado de desarrollo industrial, colonial, poscolonial y la nueva hegemonía política y militar norteamericana. Los socialistas, a su vez, encontraron en el parlamentarismo nacional una vía efectiva, mediante la Reforma, para el alcance de sus objetivos; concientes, quizá, de

su incapacidad de vencer por la vía revolucionaria a las élites gobernantes y militares de sus respectivos países, se propusieron actuar en el mismo terreno que éstas. En ello surgiría el cisma entre la segunda y la tercera internacional.

La competencia entre organizaciones de movimientos con valores ideológicos similares, pero diferenciadas en su estrategia, acarreó multiplicidad de interpretaciones sobre las cualidades y sentido que debía orientar el cambio social. A su interior, éstas organizaciones no estuvieron exentas de tensiones e interpretaciones disímiles. Clemens y Minkoff proponen que “los incentivos para la transformación de la organización, el crecimiento, la decadencia, y el cambio, se derivan de una combinación de presiones internas y externas, algunas de las cuales se superan con más facilidad que otros” (2004, p. 163). Junto con la resistencia o represión del medio por aceptar sus demandas, la acción colectiva encuentra en los liderazgos (formales, informales o carismáticos a su interior), un quehacer constante y, en la proporción que la cooperación o competencia entre ellos ocurre, el movimiento puede alcanzar sus objetivos o estancarse hasta desaparecer.

La creación de grandes organizaciones como pueden ser los sindicatos o partidos políticos, fue una característica novedosa de los movimientos durante la fase del capital industrial que, a escala global, predominó hasta la década de los años setenta del siglo XX, momento en el que se transitó hacia el capital financiero. La experiencia más exitosa fue el de la socialdemocracia alemana, a la que Michels dedicó su trabajo. Hoy en día, conforme las reformas políticas y la transferencia de bienes públicos a sectores privados suceden, los movimientos sociales irrumpen con repertorios y formas de organización con alguna novedad respecto a episodios o ciclos anteriores. Durante los primeros 10 años de su existencia, el sinarquismo actuó como un movimiento antisistémico y fue, hasta la década de los años setenta cuando logra instituir un partido político; en el momento en que esa tendencia comienza a ser superada. Justo a eso nos referimos cuando afirmamos que la institucionalización a partido de un movimiento, no obedece a leyes naturales o universalmente aceptadas, ese paso corresponde a la interpretación de sus circunstancias por parte de los líderes del movimiento, como por las posibilidades organizacionales que poseen para hacerlo.

Sin haber sido militarmente derrotado, plantea Alberto Martín, ¿qué llevó al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) a abandonar las armas y el uso de la violencia “con el fin último de instaurar un régimen revolucionario que sentara las bases para la construcción del socialismo en El Salvador?” (2006, p. 20). Durante su investigación, este

autor prestó atención a la articulación de los fines organizativos que desde su origen en 1980 adoptó el Frente, mismos que fue modificando conforme la guerra civil se prolongaba y concluiría con la firma de los Acuerdos de Paz en el castillo de Chapultepec, México, en 1992:

En el FMLN y a lo largo de toda la guerra, predominaron los incentivos relacionados con la adhesión a los fines oficiales del movimiento, una adhesión que se reforzaría con los lazos de identificación con *la causa* y de solidaridad con los demás miembros de la organización. Esto fue así principalmente porque el FMLN no contaba, a diferencia de un partido político institucionalizado, con incentivos materiales suficientes para repartir entre sus líderes, en forma de cargos remunerados, o de una estructura burocrática amplia en la que *colocar* a sus militantes más relevantes. Dicha estructura no existirá sino hasta que el Frente se convierta en partido y tenga acceso a cargos públicos y a puestos parlamentarios (Martín, 2006, p. 267).

El caso del FMLN pone en evidencia el pragmatismo de sus líderes respecto al alcance de sus objetivos. La violencia revolucionaria tiene sus límites en los costos económicos y humanos de la guerra. Una vez que éstos alcanzan márgenes socialmente insostenibles por las partes en conflicto, como por la población civil, resulta no sólo necesario, sino además apremiante un cambio de estrategia para detener la guerra y, además, hacerlo de común acuerdo como una fuerza dispuesta a negociar y no como un grupo derrotado. Esto en el plano de los costes humanitarios, desde un enfoque organizacional, la renuncia a la vía armada para instaurar el socialismo en El Salvador fue resultado de la estructura de la que se dotó el Frente.

En los movimientos sociales podemos apreciar una tendencia similar. Durante y después de 1968 ocurrió un ciclo de protesta por demás intenso y polisémico; los grupos que se volcaron a las calles entonces, lograron poner en evidencia que valores como la participación política democrática, el feminismo, el ecologismo y la diversidad étnica y cultural debían ser incluidos en las agendas de los agentes del Estado. En el mismo sentido que otros

intentos en la periferia del mundo occidental emprendieron el camino hacia la revolución o, como una gran novedad, hacia el socialismo mediante la reforma<sup>8</sup>.

El objetivo de la protesta política enmarca las posibilidades de cambio en la organización de un movimiento. Lieberman (2002) dedicó atención a las luchas por las libertades civiles de los afroamericanos en los Estados Unidos. Identificó en sus demandas su anhelo por ser sujetos de derecho, en igualdad de condiciones que los ciudadanos blancos de Norteamérica; sus acciones se encaminaron a demostrar que la “ceguera”, ante los derechos de los afroamericanos por parte del Acta de los Derechos Civiles como fue redactada originalmente era ideológica, de supremacía étnica, racial y cultural; donde la inclusión de esta minoría y su reconocimiento habría de contribuir a la democracia y al crecimiento del país gracias a estos nuevos ciudadanos. En un país, donde las ideas de supremacía racial se encontraban profundamente arraigadas en el imaginario colectivo y, además, como una minoría, el movimiento afroamericano dio muestra de una capacidad organizativa incidente en el cambio social por vías no revolucionarias, por lo menos en lo que en materia de legislación compete. No intentaron crear una nueva república o nuevas instituciones partidistas; su esfuerzo encaminó a movilizar organizaciones ya existentes, de tipo evangélicas principalmente, crear nuevas formas de relaciones sociales e institucionales, la opinión pública mediante, con el fin de ganar simpatizantes. Prosperaron en la medida que sus acciones fueron no violentas y pusieron en evidencia la legitimidad de sus demandas.

Además de cumplir con los objetivos que dan lugar a la protesta política, el cambio evolutivo de un movimiento desarrolla a partir del tipo de organizaciones que crea. Éstas “son importantes pues funcionan como fuentes poderosas de identidad para los militantes de un movimiento, de confrontación con sus oponentes y el público espectador” (Della Porta, 2006, p. 137). La actualización de las ideas y valores sinarquistas, específicamente las causas de su permanencia, entre las que consideramos determinante su sentido y significado, implica evaluar su continuidad en diferentes periodos; es decir, sus objetivos como organización suponen atender aspectos reales, inherentes de la realidad social en México, si esto no es así, estaríamos ante una organización que ha dejado de buscar en términos objetivos su agenda,

---

<sup>8</sup> Fue el caso de la Unidad Popular encabezada por Salvador Allende en Chile, cuyo proyecto político después de las elecciones de 1970 quedaría truncado por el golpe militar de Augusto Pinochet tres años después de que el primero ganó las elecciones.



existente sólo en las condiciones mínimas legales vigentes o bien, estaríamos ante una organización capaz de vitalizarse por las coincidencias de la época de su surgimiento. En ese contexto, la UNS buscó y logró la creación del Partido Demócrata Mexicano, (PDM).

## Referencias

- Arrighi, G., K. Hopkins, T., & Wallerstein, I. (1999). *Movimientos antisistémicos*. Madrid: Akal.
- Bell, D. (2000). *The end of ideology: On the exhaustion of political ideas in the fifties*. Cambridge, Mass.; London: Harvard University Press.
- Borón, A. (2003). *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Calderón, F. (1995). *Movimientos sociales y política: la década de los ochenta en Latinoamérica*. México, D.F.: Siglo Veintiuno Ed.
- Castells, M. (2006). *La era de la información: economía, sociedad y cultura*. México, D. F.: Siglo XXI.
- Clemens, E. S., & Minkoff, D. C. (2004). Beyond the Iron Law: Rethinking the Place of Organizations in Social Movement Research. En D. A. Snow, S. A. Soule, & H. Kriesi (Eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements* (pp. 155-170). Malden, MA: Blackwell Pub. Recuperado a partir de <http://doi.wiley.com/10.1111/b.9780631226697.2003.00008.x>
- Dacal, A. (2010). *Movimientos sociales: Sujetos, articulaciones y resistencias*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Della Porta, D. (2006). *Social movements: An introduction* (2nd ed.). Malden, MA: Blackwell Publishing.
- Duverger, M. (1987). *Los partidos políticos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Favela G., D. M. (2002). La estructura de oportunidades políticas de los movimientos sociales en sistemas políticos cerrados: Examen del caso mexicano. *Estudios sociológicos*, XX(58), 91-121.
- Gellner, E. (1991). *Naciones y nacionalismo*. México, D.F.: Consejo Nacional para Cultura y las artes.
- Gramsci, A. (2008). *El risorgimento*. Buenos Aires: Las Cuarenta.
- Greer, S. A. (1976). *Organización social*. Buenos Aires: Paidós.

- Huntington, S. P. (1994). *La tercera ola: La democratización a finales del siglo XX*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Ibarra, P. (2005). *Manual de sociedad civil y movimientos sociales*. Madrid: Síntesis.
- Lawrence H., M. (1982). From Black Muslim to Bilalian: The Evolution of a Movement. *Journal for the Scientific Study of Religion*, 21, No.2, 138-152.
- Lieberman, R. C. (2002). Ideas, Institutions, and Political Order: Explaining Political Change. *The American Political Science Review*, 96(4), 697-712.
- Lucio, C. F. (2012). *La lucha indígena por la dignidad humana. Conflictos socioambientales y derechos humanos en el movimiento indígena del istmo de Tehuantepec*. Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS-Occidente), Guadalajara, Jalisco, México.
- Macpherson, C. B. (2003). *La democracia liberal y su época*. Madrid: Alianza.
- Mannheim, K. (2004). *Ideología y utopía: Introducción a la sociología del conocimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Martín, A. (2006). *De movimiento de liberación a partido político, articulación de los fines organizativos en el FMLN salvadoreño (1980-1992)*. [Universidad Complutense], Servicio de Publicaciones, Madrid.
- Martínez, R. (Ed.). (2008). *Los movimientos sociales del siglo XXI*. Caracas, Venezuela: Fundación Editorial el perro y la rana.
- Marx, K., & Engels, F. (1985). *La ideología alemana*. México: Ediciones de cultura popular.
- McAdam, D. (1999). Orígenes terminológicos, problemas actuales y futuras líneas de investigación. En D. McAdam, J. D. McCarthy, & M. N. Zald (Eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas: oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*. Tres Cantos: Istmo.
- McAdam, D., McCarthy, J. D., & Zald, M. N. (1999). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas: oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*. Madrid: Istmo.
- McAdam, D., Tarrow, S. G., & Tilly, C. (2005). *Dinámica de la contienda política*. Barcelona: Editorial Hacer.
- Meyer, J. (1999). *La guerra de los cristeros*. Siglo veintiuno, México; Madrid; Buenos Aires.
- Meyer, J. A. (1979). *El sinarquismo: ¿un fascismo mexicano? 1937-1947*. México: Joaquín Mortiz.

- Michels, R. (1927). Some Reflections on the Sociological Character of Political Parties. *The American Political Science Review*, 21, 753-772.
- Michels, R. (2008). *Los partidos políticos: Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Nisbet, R. A. (1986). *Conservatism: Dream and reality*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Ortoll, S. (1989). Las Legiones, La Base y el Sinarquismo, ¿tres organizaciones distintas y un sólo fin verdadero? (1929-1948). En J. Alonso (Ed.), *El PDM: Movimiento regional* (pp. 17-63). Guadalajara, Jalisco: Universidad de Guadalajara.
- Padilla, J. I. (1948). *Sinarquismo: Contrarrevolución*. México: Editorial Polis.
- Padilla, J. I., Cedillo B., J., & Mouré, F. (s. f.). Fe, Sangre, Victoria. En Unión Nacional Sinarquista (Ed.), *El sinarquista canta*. U.N.S.
- Panebianco, A. (1990). *Modelos de partido: organización y poder en los partidos políticos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Pani, E. (2009). *Conservadurismo y derechas en la historia de México*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Porta, D. della, & Diani, M. (2011). *Los movimientos sociales*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Rucht, D. (1999). El impacto de los contextos nacionales sobre la estructura de los movimientos sociales: un estudio comparado transnacional y entre movimientos. En D. McAdam, J. D. McCarthy, & M. N. Zald (Eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas: oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*. Madrid: Istmo.
- Santos, B. de S. (2010). *Para descolonizar Occidente: Más allá del pensamiento abismal* (1. ed.). Ciudad de Buenos Aires: CLACSO: Prometeo Libros.
- Smelser, N. J. (1995). *Teoría del comportamiento colectivo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Tarrow, S. (2012). *El poder en movimiento: Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.
- Tilly, C. (1995). To Explain Political Processes. *American Journal of Sociology*, 100 (6), 1594-1610.
- Tilly, C. (2005). *Identities, boundaries, and social ties*. Boulder, Colo.: Paradigm Publishers.
- Touraine, A. (2000). *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. México: FCE.

Touraine, A. (2002). The Importance of Social Movements. *Social Movement Studies*, 1(1), 89-95. doi:10.1080/14742830120118918

Unión Nacional Sinarquista. (S/D). *Historia Gráfica del Sinarquismo* (Vol. III). México, D.F.: Editorial Democracia.

Unión Nacional Sinarquista. Estatutos generales (1948).

Wallerstein, I. (2004). *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundo*. Madrid: Akal.

Weber, M. (2005). *Economía y sociedad*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Zald, M. N. (2000). Ideologically Structured Action: An enlarged agenda for social movement research. *Mobilization. An International Journal*, Volume 5(Issue 1: Spring 2000), 1-16.